

F A

B U

L A

2

EDITORES

JUAN FILLOY

EMILIO PETTORUTI

MARIA ADELA DOMINGUEZ

EMILIA A. DE PEREYRA

TOBIAS BONESATTI

RICARDO E. POSE

REYNALDO D'ONOFRIO

BOTANA

ADOLFO BIOY CASARES

ARTURO HORACIO GHIDA

JUAN FUSCALDO

RAFAEL MAULEON

CASTILLO

●
Toda correspondencia a
Calle 60 N°. 320-La Plata
A R G E N T I N A

F A B U L A

Cuadernos de literatura y arte

DIRECTOR: MARCOS FINGERIT

NOVIEMBRE - DICIEMBRE 1936
LA PLATA ARGENTINA

C O N T I E N E :

- Castilla: Italia
Alfonso Reyes
- Tres baladas
Juan Filloy
- La fotografía perdida
Adolfo Bioy Casares
- Evasiva del día
Gustavo Ossorio
- Nacimiento
Emilia A. de Pereyra
- Amor inmenso
Camilo José Cela
- La noche
Juan G. Ferreyra Basso
- Silencios para la música
Reynaldo D'Onofrio Botana

Fuera de texto

PRUEBISTAS de *Silvina Ocampo*

CASTILLA: ITALIA

(De un diario de viaje, 1920).

LA "Primavera amarilla", de Juan Ramón Jiménez, bastaría para reconciliar a los de gusto mentido con ese color delicioso que participa del honor del dorado sin las desventajas ostentosas de ser metálico, y que tanto se parece a la luz, a la luz solar.

Esta reivindicación del amarillo me hace falta, antes de juntarlo con el azul — que es color ya penetrado de sombra y de cierto frío — para que nadie piense que establezco categorías de nobleza entre estos dos hijos del Espectro y, por consecuencia, entre las dos manchas del planeta que estos colores, un amanecer de viaje, me parecieron simbolizar.

Poco amigo de la psicología de los pueblos, pero obligado siempre a hablar de estos temas que la Gran Guerra, a pesar de su ya naciente descrédito, volvió a resucitar, no he podido menos de arrastrar conmigo, en mis viajes, entre uno y otro trago tónico de frontera, estas sombras de ideas, estas generalizaciones tan verdaderas como tan falsas, sobre si en tal nación los hombres se dan de tal modo, y en la otra la planta humana crece con estas otras flores y estas otras espinas.

Pero nunca sospeché la sorpresa que me reservaba una de las más modestas y predilectas experiencias del hombre cansado que, al salir de un tren y entrar en un hotel, olvida por un instante el fardo de sus bienes en manos de los profesionales del transporte, deja caer en desorden las sucesivas pieles de víbora con que la civilización lo ha vestido y vuelve, con una sed cósmica y difusa en toda la epidermis, al elemento primordial de la vida, al agua materna.

La hora del baño, fecunda en meditaciones para los que saben estar solos y aprovechar hasta las pequeñas solicitudes del

aseo personal, me dijo, una mañana de Italia, graciosas palabras de compromiso sobre la psicología (¿la psicología?) de los pueblos, — palabras que no sé si entendí.

Porque, en mi Madrid, el agua de la bañera era siempre amarilla, como las llanuras de Don Quijote bajo el santo sol de las tardes; como las desteñidas túnicas de los monjes; como las lejanías "encanecidas de huesos" donde llora el verso de Quevedo; como la Novela Picaresca, ¡tan amarilla!; como el Cristo de Velázquez — llama en fondo negro — o los Cristos escurridos del Greco, que afectan una descomposición de místicas larvas.

Y, en las bañeras de los primeros hoteles que pisé en Italia, me bailó a los ojos el agua azul; azul como los cielos de aquella literatura y como los mantos a que sus pintores son tan afectos (toda la paleta de Venecia y buena parte de la florentina); como los ojos de las "mujeres angelicadas" de Dante; como las afectaciones etéreas de la retórica renacentista.

Y toda una gama de matices y cambiantes entre el amarillo y el azul pudo ser la historia de las relaciones entre ambos pueblos, y sobre todo en la era de sus realizaciones más altas, cuando el beso sensual de Italia hacía palpitar el seno de Castilla.

Buenos Aires - 1936

A L F O N S O R E Y E S

TRES BALADAS

BALADA DEL ARBOL QUE ANDA

HE sepultado ya la exaltación de los años mozos. No me interesa la cháchara del amor. Ahora, como una madre, expulgo mi soledad — cabecita de niño. ¡Y cada vez me perdono menos!...

He sido cruel. Cegué las pupilas del deseo cuando recién gozaba la realidad casi física de la fantasía. Así logré la lúcida ceguera de poder mirarme. ¡Y cada vez me perdono menos!...

Abolí todas las ofrendas al cuerpo, que son los placeres. Era mi rol. Una alegría trémula de lágrimas sana las miasmas que dejara el recuerdo. ¡Y cada vez me perdono menos!...

ENVIO: Mi vida es un páramo y en ese páramo hay un vendaval siempre latente. ¡Pero no me intimida! Si me triza el alma — bandera de tul — flamearé el espíritu. Si me colma los ojos de arena, la intuición conducirá mis pasos. En borrascas más hondas he descatado los ademanes del destino. ¡Porque voy a un oasis y he de llegar cabe su linfa! ¡Y aunque el rayo — ademán de Dios — me fulminara, sé que caeré en su corriente — árbol que anda — como un adulto cansado en la cama de un niño!

BALADA DEL HOMBRE EQUILIBRADO

TRAGICOS escamoteos! He vivido divirtiendo a los demás con una risa tramposa de llantos. Y héme aquí, en la trastienda del espíritu, enrollando la serpentina de tantas carcajadas, con el ahinco de preparar para el mañana el truco que nuevamente trampeará mis llantos.

¡Qué consuelo sería llorar! Pero hay una barrera que ataja mis sentimientos; que erige un paredón grisáceo en donde la razón termina. ¡Y es inútil pugnar! Porque nunca podrá vencerme. Porque esa barrera soy yo mismo. Porque ese paredón es la obra fatal de haber construido una paradoja en mi vida.

¡Qué destino éste! — prorrumpo observándome. Y sigue la angustia en su nivel fijo, tan fijo que exaspera de angustia a la propia angustia. ¡Ah, si al menos colmara la medida, tal vez retozaría hecho llama en el fuego del paroxismo!

¡Pero eso nunca será! Sufro la pena de un equilibrio perenne. ¡La pena peor! La pena capital de vivir lo más posible, sin otro consuelo que la ironía afectuosa de los transeuntes, haciendo señas al alma reclusa, al pasar por delante del ventanuco de mis ojos...

BALADA DEL PESQUISA BENEVOLO

SE agazapó en las sombras de su propio pensamiento. Todos le vieron — ladrón amedrentado — huir.

—¡Eh! ¡Eh! — le grité.

Yo estaba, llama viva, en el umbral secreto que separa el más aquí del más allá.

Pero no me hizo caso.

Hombre acosado, temía todas las facciones de la conciencia. Se precipitó, así, por un corredor de pesadillas. Y, en fin, rodó maneado por su ananké.

Llegué a tiempo para inflarle el pecho de esperanza. Sus ojos volvieron del ludibrio interior. ¡Yo era un pesquisa benévolo!

Y como dos soles derrotados sus ojos apenas parpadearon una gratitud fugaz y macilenta.

Y fué de nuevo una sombra entre la sombra.

Río Cuarto - 1936

J U A N F I L L O Y

LA FOTOGRAFIA P E R D I D A

VIVIA en medio de un descuido que debía descuidar. Si lo enfrentaba se le metía una grieta de cansancio por el pescuezo, los deshilachados hilos de iluminación de la exasperación la obligaban a cerrar los ojos y sentía que por su cuerpo se desparramaban palpitaciones tras las que iba deshaciéndose. Y cuando había pretendido retroceder por la vida limpiándola de negligencia, ordenar el desorden, se había sentido con brazos de perro pekinés que apenas salían de su cuerpo.

No recordaba por qué se había puesto a buscar esa fotografía. Vegetaba entre pérdidas y olvidos pero sintiendo que el irse de cualquier cosa que llegara a individualizarse, a la zona brumosa, de presencia inubicable, a donde vá lo que se pierde podría llevarla a la locura y después a la muerte. Fueron apareciendo pretextos: en aquella fotografía se conservaba el tiempo más triste, cuando interminables días pasaban por sus lágrimas, por el encierro en su cuarto y en la soledad. Pero en aquella época sentía la llegada del Otoño, que era su estación, y como al gozo de oler tierra mojada la apertura de la Primavera. Esos instantes quedaban rodeados de un malestar sin orillas, pero ahora, que vivía acompañada y en la felicidad de estar acompañada, los sentía perdidos y hubiera dado su dicha por recuperarlos. No estaba segura de que esa fotografía fuera camino para volver a donde pudiera sentir aquellos momentos; no tenía fuerzas para rodearse de esa época; por lo mismo sentía que era imprescindible el refugio que podía haber en la fotografía.

¿Dónde se la había sacado? Aquella tarde, por excepción, había salido a caminar. El fotógrafo la entró a un fondo de jardín con canto de pájaros que por debajo de sus pies era ruido de piedritas y llamó a su hija. Las retuvo tomadas de la mano.

¿Dónde era la casa del fotógrafo? Convalecía de alguna enfermedad y había salido a tomar aire. Se acordaba, un día luminoso. La dieta pasada había cavado entre ella y la tierra, entonces velaba un poco. Había muchísimo calor. Estaba débil y no podía evitar irse por su transpiración confundida con los planos brillantes que ponían las hojas en la tarde en Palermo. La casa del fotógrafo estaba arriba de una escalera de mármol muy empinada. Anduvo entre blandos lingotes de bruma con irisaciones de trozos de arco iris y entre muchos faroles en los que llamas amarillentas, celestes y rosadas morían ahogadas y renacían casi apagadas.

Subió por la misma escalerita y la hija del fotógrafo estaba apoyada en una balaustrada con barrigonas columnas sobre un paisaje con montañas remotas. Dijo: —Yo también la he buscado enloquecidamente. Pero no hay que insistir: se ha perdido.

De nada valía que hubieran sentido lo mismo. Las crisis habían sido anacrónicas. Tiempo: espacio que pasa por uno pero en el que es imposible moverse.

En el cuarto había principios de escaleras marmoladas o doradas que subían a ninguna parte, un lago con un botecito y con un silencio estancado que retumbaba como un mugido en la cavidad del crepúsculo, estatuas de jardines, contenidamente terribles, y estatuas caseras, el jardín con limpios susurros de piedritas, donde se había fotografiado con las almas envueltas en papel celofán de cantos de pájaros y en donde uno, sentado en un banco, pasaba las horas dibujando con un bastón en el suelo casitas de campo con árboles y la casita del perro, sillones dorados que hacían tertulia delante de un mar que eternamente perdía vapor contra unas rocas en las que había depresión con agua y un pescado muerto que parecía dibujo de los egipcios.

La hija del fotógrafo era rubia, un poco gorda, con una quietud que seguía en la mirada y en la voz sin expresión; la tomó de la mano y le dijo:

—Cuando nos sacaron esa fotografía yo era feliz. Había conocido no sé cómo un muchacho con aire a jacintos, de no-

vio, parecido a tí. Nos vinculó una carta de él llena de gritos extraños: ¡Soy muchas fuentes cantando tu nombre! ¡Pondré todos los jueves delante de tus miércoles! Yo sentía que se me soltaba el pelo y que subía corriendo todas las escaleras frustradas que hay en esta sala, con los ojos y los brazos abiertos y con un grito de afuera ahogándose la garganta. Después nos conocimos y empezó a distanciarse pero no dejaba de escribirme. Recuerdo sus frases: He perdido el sentido de mi forma y de mi tamaño. Por momentos soy un caracol de rosados reflejos nacarados. Luego me pongo a columpiarme, a enrollarme y quedo reducido a mis ojos unificados. Y las palabras nefastas de las cartas de sus últimos días: Estoy en plena descomposición. Parezco numerosas esponjitas, me reproduzco rápidamente y despidiendo olor característico. Les dije a los médicos que van a operarme: Procuren distraerse y que por la distracción se resbale mi vida. Si yo viera mi muerte viendo a la hija del fotógrafo me divertiría.

He perdido la única fotografía mía del tiempo en que tuve ese novio inolvidable por estar confundido con el cielo que buscan los ojos con lánguido aire de ensueño del momento en que nos fotografiamos con las manos entrelazadas en moño quieto de las almas.

Buenos Aires - 1936

A D O L F O B I O Y C A S A R E S

EVASIVA DEL DIA

YO reclamaba el color del día
con sus círculos y sus sencillas confesiones
su presencia y sus caminos
como el sitio de hora leve
para situar un deseo

Yo buscaba una velocidad de orillas perdidas
o alas ardientes
para demorar una sed
y un solo pájaro
un solo pez en la media noche
para sujetar el recuerdo alrededor de los ojos
llenos de estrellas

Yo pedía la estatura de un siglo creciendo
para afirmar el día

Un insecto de oro debajo del corazón
para cerrar la selva de las manos
y detener la distancia hacia el otoño

El movimiento exacto de mi piel inclinando silencios
va más allá del ruido
que hacen los eclipses o los dedos cuando viajan.

La vida así
es algo infinito al lado de las fronteras
pero yo no puedo saber ya nada
en mi bazar de líneas y ventanas
sobre un eco detenido en cualquier lirio suplicante
o en la espuma de mi tortura.

Santiago de Chile - 1936

G U S T A V O O S S O R I O

NACIMIENTO

QUE oscuras puertas empujas ángel del amanecer?
Dormidos perfiles se levantan. Mar es la distancia.
Vaho de perpetua niebla en danza
Para un mundo poliédrico.
Zumba vertical anhelo de retorno.
Canta de amor el volver a comenzar.
Lavó la noche sus ropas oxidadas
En el agua del sueño.
La última estrella es náufraga
En el peñón del alba.
Pupilas amorosas hurgan el campo verde.
En rojizas espirales gasta su canto el gallo.
Muge el buey incomprendido.
Espectros en la corriente de mil lunas sepultadas.
Brazos de madre selvas
Cariño de las ventanas.
Bajo el arco del puente apenas emplumada
Pasaba piando la luz tierna.

La Plata - 1936

E M I L I A A. D E P E R E Y R A

AMOR INMENSO

Yo sé que eres el mito o la paloma apenas
yo sé que eres estéril como el muro o los ojos
yo sé que eres envidia o gris o verde el sueño
y solo sé que os siento como el aire a los serios caballos
como el agua a los peces azules y furiosos
como la mano a la otra mano que es rail u oquedad
y solo sé que os siento
pájaros que os tronchais en espigas o niños
que os volvéis entusiastas, oh boca vomitando nubes concretas
oh regazos sin fin inentendidos
que os volvéis entusiastas como el viento a las velas
como el cristal sin margen de una botella verde
con la bondad sin fin con que ama el tronco azul
a los faroles mustios yo bien sé.
Yo sé qué es la amargura concisa de los minerales
o un niño tan pequeño que sangra por los ojos
los pies como dos tallos de pájaros sin aire
o un torrente orgulloso de risas desbocadas
que al despertar de súbito sentimos
que son risas de amigos ya podridos.

Madrid - 1936

C A M I L O J O S E C E L A

LA NOCHE

Te canto desde el fondo de las copas
mi danza de uñas rotas y alarido.

Llegas multiplicada en los espejos
agrandando los ojos de los gatos.
Llegas por entre lechos y cortinas
Y puertas entornadas.
Vienes desde una sombra de retratos
enloqueciendo el pulso y los minutos.

Y me llamas.
Me llamas con mortaja y azahares
con nardos y pelucas

Yo siento el esqueleto y el horrible
crecer de los cabellos y las uñas.

Baila sobre la mesa con tu risa
de dientes y matracas.
Baila con tu corona entre velones
y baila en los espejos

Te esperaré en la calle, a medianoche,
al pie de la escalera.

(Cuando salga la luna
te miraré a los ojos
pero ya estarás muerta).

Alberti - 1936

J U A N G. F E R R E Y R A B A S S O

SILENCIOS PARA LA MUSICA

"Dans le plus profonde silence".
ERIK SATIE.

DEBE decirse alguna vez, también, que la música es un asunto primordial de oídos y auditorios y no de prensa. Los juicios de confección previos a un estreno sólo inciden en los lectores.

El silencio de los demás es tan necesario para el músico creador como para el auditor. Los sordomudos tienen en la música mayor importancia de la que puede sospecharse.

La superproducción ligera que acusa la música actual podría indagarse en la existencia de masas enormes y dispares de público insatisfecho que no guarda una compostura pasiva frente a los músicos, demandando cuotidianamente obras nuevas en la necesidad de ajustar criterios a la veleta de tal o cual pregón que aparece en el rotativo de la mañana y pasa de oportunidad en la edición nocturna.

Aquellos que han creído ver un nuevo Stravinsky en cada "vuelta a" de este artista, serían los mejores disertantes sobre el acontecer periodístico que experimenta la música de hoy.

Monsieur Croche reclamaba a su alter-ego el marco veraz de la impresión estética en el silencio. Cuánto habrá ansiado el constructor Stravinsky, cuando dió a conocer entre nosotros su "Concerto", una ruidosa manifestación de reconocimiento silencioso que expresara la sinceridad admirativa de los lectores de diarios y revistas que lo escuchaban...

Los que aplauden y los que silban interfieren el eco de la música. Fabrican torpemente "su" música y creen enjuiciar la que han escuchado.

En el aplauso reprimido reside el comprender musical de ayer y hoy. El aplauso de los lectores, lo mismo que el de los simples intelectuales es apriorístico. A los clásicos de los clásicos se les escucha seriamente porque ellos existen con prescindencia de la aprobación o repulsa que se les depare.

Los que aplauden y los que silban se colocan en los extremos de la intolerancia musical. Las salas de conciertos justificarían hoy su presencia con motivos artísticos más serios, si aconteciera con los intérpretes de la música lo que sucede en los templos, donde el gran predicador de una vieja nueva disfruta, al concluir su sermón, del aplauso reprimido de los feligreses...

Comprendámonos. No se trata de la religión de la música — las religiones crean también dogmas de confección — sino de la estética de la música, gusto y forma interior.

La comprensión estética de la música se elabora en estratos sucesivos donde el silencio va compaginando las formas. La palabra será siempre contemplación receptiva, a solas, con la menor teoría posible.

El hallazgo musical depende de la contemplación muda de un público impersonal. En los conciertos públicos es poco menos que imposible anular la influencia desconcertante de los testigos melómanos que nos rodean. Cada uno de ellos guarda un silencio diferente mientras se ejecuta la música, y esos silencios dispares producen en conjunto la impresión de una algarabía salvaje ahogando las notas que se pretende escuchar.

Esta comprobación experimental me llevó una vez a decir:
¡Señores concertistas, la radiotelefonía es altamente subversiva!
¿Qué esperan para dar cuenta a las autoridades?

La fecundación ideal y la creación de una nueva música, son en el artista fenómenos silenciosos. Un alumbramiento puede justificarse con toda clase de ruidos continentes o contingentes. Indican la llegada de una obra maestra recatadas voces.

La mayor desgracia que puede acontecer a un músico es que no guarden silencio a su vera los intelectuales que no son músicos. Una idea nueva puede asirse hasta por los cabellos, pero una nota nueva, nunca.

En una gran zona de silencio que los estetas conocen, se opera la transformación de la palabra en nota y de la nota en palabra. En el confín sin rumbo de la palabra está la nota. En un sector intermedio producen — y producirán — los románticos e impresionistas, donde la palabra no ha perdido aún toda su esencia.

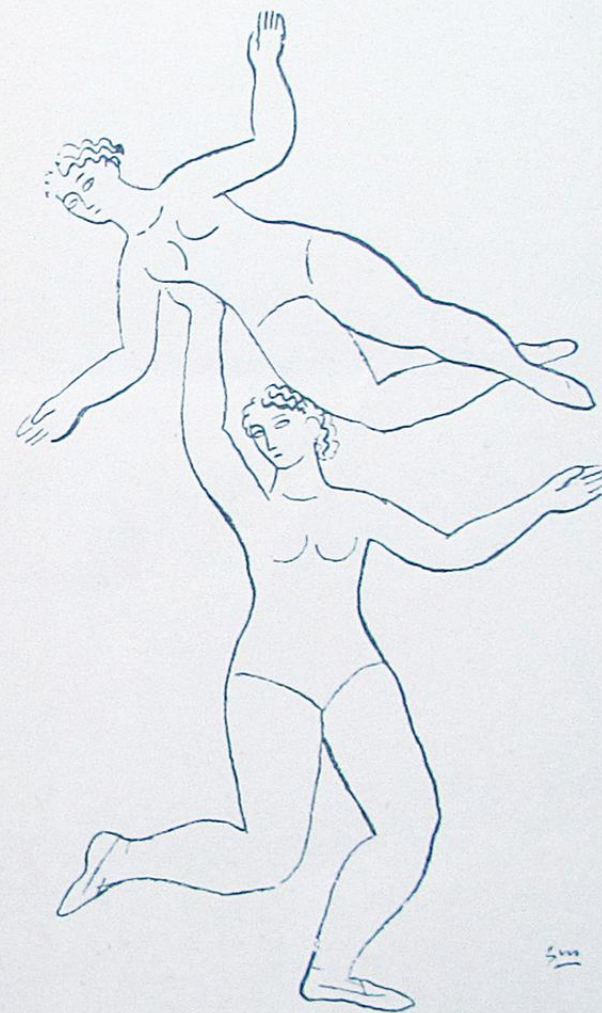
Por eso que las vinculaciones idealógicas de la literatura y la música sólo han podido escudriñarse estudiando a los románticos e impresionistas, cuyas obras son buenamente susceptibles de imágenes literarias que establezcan la analogía conceptual.

Música pura... es aquélla que sólo puede transferirse a términos musicales estrictos o al silencio imperfectible.

El silencio musical intrínseco tiene redondez y oposición diametral que se objetivan en el jazz y en el tango. Los silencios del jazz son subsidiarios del sonido y están cubiertos por el impulso rítmico en que las notas juegan. El tango es un gran silencio en que algunas notas separan sus compases.

La Plata - 1936

REYNALDO D'ONOFRIO BOTANA



PRUEBISTAS
SILVINA OCAMPO

ERCILLA | UN GRAN EDITORIAL CHILENA PARA INDOAMERICA

SEIS AUTORES ARGENTINOS:

- PABLO ROJAS PAZ: Hasta aquí, no más \$ 2.00
- LUIS MARIA ALBAMONTE: El milagrero \$ 1.00
- HERMINIA BRUMANA: Cartas a las mujeres argentinas \$ 2.00
- ALVARO YUNQUE: Los animales hablan \$ 1.40
- ALCIDES GRECA: Pampa gringa \$ 2.00
- MANUEL GALVEZ: La Argentina en nuestros libros \$ 2.80

F A B U L A

Cuadernos de literatura y arte

Director: MARCOS FINGERIT

●
Toda correspondencia a
Calle 60 N°. 320-La Plata
A R G E N T I N A
●

●
Seis números ordinarios y tres especiales . . . 3 pesos en Argentina
4 pesos argentinos en
América y Europa.
●

FABULA

publicará en cuadernos especiales inéditos de nuevos escritores argentinos, americanos y europeos.

Art Decoration

Una Exposición
Excepcional
Presenta

■ OBJETOS
DE ARTE
■ REGALOS
DISTINGUIDOS

**NEMESIO
VECCHIOLI**
U. T. Rocha 3751

**7 V 8
N 2 1**
LA PLATA

ZANETTA HERMANOS
TALLERES GRAFICOS

- LINOTIPIA
- REVISTAS
- FOLLETOS
- IMPRESIONES EN GENERAL
- FABRICA DE LIBROS EN BLANCO

CALLE 8 N.º 820-22



U. T. ROCHA 1418

L

A

P

L

A

T

A

●
IMPRESORES
ZANETTA
HERMANOS